

FORO ABIERTO

LA DERROTA PERMANENTE

Antonio Miranda

Arquitecto. Profesor de la Universidad Politécnica de Madrid

Con motivo del cuarto centenario de la muerte en la hoguera de Giordano Bruno, el autor aprovecha la ocasión para recordar la derrota permanente que desde aquel 1600 hubo de padecer la arquitectura a lo largo de cuatro siglos.

...Las Ciencias Naturales dieron sus mártires a las hogueras y mazmorras de la Inquisición. Es de notar que los protestantes aventajaron a los católicos en sus persecuciones contra la investigación libre de la naturaleza. Así, Calvino quemó a Servet cuando éste se hallaba ya en el umbral del descubrimiento de la circulación de la sangre, y lo tuvo dos horas asándose vivo; la Inquisición Romana por lo menos, se dio por satisfecha con quemar simple y rápidamente a Giordano Bruno.

Federico Engels: *Introducción a la dialéctica de la naturaleza*

El renacimiento abortado

Desde este final europeo del siglo XX, en que los «burgueses» fichan en reloj industrial, a las ocho de la mañana, y los «proletarios» viajan de vacaciones al exotismo turístico para masas mayoritarias y necias en Cancún, una nueva perspectiva histórica se abre ante nosotros para quizá permitirnos acabar con

los estereotipos de los modelos sociales o formales, y empezar a pensar en el cambio que el nuevo siglo debiera traer al mundo, ese viejo, siempre transformado y doliente canto rodado construido por gases y luces estelares.

115

Todas las revoluciones –con las pocas excepciones acotadas, renacentista (1400-1498), francesa (1789-1804), soviética (1917-1933), española (1936-1939), cubana (1960) vistas desde nuestra abismada atalaya no han sido más que islotes de *modernidad* humanística en un inmenso mar de conservadurismo esnob –en el mejor de los casos trufado con algún *modernismo*– que finalmente se ha ido tragando aquellas pequeñas emergencias.

Nos encontramos hoy con un mundo hipercapitalista y, en consecuencia, miserable en sus tres cuartas partes sobre las que un astuto *Poder Financiero Minoritario permanece* incontrolado (*libre*) y *continúa* extendiendo su hegemonía de dolor y muerte por todo el

mundo. Frente a él, un ya longevo –casi siempre inane o pasivo– *poder* intelectual permanece y continúa siendo impotente en los escasos momentos en los que supuestamente se ha enfrentado al *Poder*. El *poder o racionalidad* razonable de la razón, en potencia revolucionario pero asustado de su propia osadía, ha sido casi siempre debidamente asimilado –deglutido y excretado– por el *Poder o racionalismo* mafioso de las finanzas, las armas y las drogas. Dicho de otro modo, ese *poder* popular de la razón común, ha sido con demasiada frecuencia, degradado en formas rebeldes o esnobs por los intelectuales cómplices del estatus para llegar a convertirse en mero funcionariado ideológico o contra revolucionario al servicio de aquel *Poder* al que decía –o fingía– enfrentarse. Ese mismo *poder* intelectual degradado se ha puesto al servicio directo o indirecto de la explotación nacional e internacional ejecutada sobre inmensas muchedumbres desvalidas. Los mejores cerebros, por ejemplo de la física, en cantidades enormes trabajan para la más sofisticada, siniestra y letal industria de armamento.

Así pues, en la seguridad de que *tanto más desconocemos el pasado, tanto más nuestro futuro es desgraciado*, retrocedamos unos pasos para poder ver mejor. La mistificación o encubrimiento de las miserias del pasado es el principal servicio que los intelectuales orgánicos, ancillares o lacayunos prestan al *Poder*, o sea, a la dictadura del capital sobre el mundo.

Quiero pensar, desde la arquitectura, que cuando se estudie el siglo xx con mayor dilación y parsimonia, será contemplado como una homotecia contraída del frustrado y frus-

trante humanismo renacentista. Una fase inicial científica o semi revolucionaria, –robótica, entusiástica y *modernista*, que no *moderna*, pero laica, racionalista, civil y al gusto intelectual o «aristocrático»– activista, por tanto, del *poder* o razón crítica, encabezada respectivamente por Brunelleschi y Gropius. A continuación, una interrupción antihumanística de violencia y horror a cargo del *Poder* (dinero y armamento) con sus guerras económicas: religiosas en un caso, e ideológicas (económicas) en el otro. Y por fin, una fase bufonesca y ecléctica dirigida al gusto vulgar, una fase revisionista o nostálgica, encabezada respectivamente por Romano y Kahn. Esta última época, igualmente modernista o antimoderna –de maneras manieristas– plena de confusión formal, vendría a estar definida por una ambición simbólica, metafísica, formalista, distractiva, fantasiosa, posmoderna y decadente.

Aquel período tripartito y renacentista desembocó –hace ahora 400 años justos– en la hoguera que abrasó el cuerpo de Giordano Bruno (1600). El período similar contemporáneo se extiende –cuando vamos a cambiar de siglo– con las continuadas hambrunas y masacres en el Segundo, Tercero y Cuarto Mundo.

El siglo xvi terminó, fue rematado y cerrado en su último año, con la combustión de Bruno, aquel representante de quienes vivían y pensaban con *la razón por delante*. No nos puede extrañar el horrible pesimismo del xvii, una vez zanjada definitivamente (tanto por católicos como por protestantes) cualquier veleidad rebelde, renacentista, paganizadora, emancipadora y humanista¹.

Para nuestra misión perspectiva, de nada vale la precisión maníaca en las fechas históricas. Por ello, y deliberadamente, las utilizo *grosso modo* aunque con la suficiente precisión panorámica. Evitar el detalle obsesivo, tal vez nos permita ver mejor el bosque sin que los árboles nos sean ajenos o desconocidos. Y el bosque es asequible: el gran salto renacentista desde un mundo de anonimatos y estamentos a otro mundo de personalidades y clases sociales, fue como casi siempre ha sido una seudorrevolución que cambiaba las formas de la opresión —el modelo de bota humillante— dejando intacto el contenido de la explotación, esto es, la apropiación privada del producto social y colectivo.

Como luego veremos y cualquiera conoce, las clases dominantes (entre las que ya se podría empezar a incluir a cierta protoburguesía o plebe antipopular) vienen a esquilmar a Europa entre 1400 y 1900, para lo cual revisten su cultura hegemónica de 500 años, con un clasicismo más o menos bastardo, en función de sus necesidades ideológicas, es decir, económicas. Así pues, la falsa aristocracia del dinero —tal y como sospechara Voltaire— construye un *único*, unitario y compacto ciclo utilitarista y vulgar de cinco siglos, aunque disimulado y troceado por el *poder* servil de los estilistas cuyo juego de siete disfraces podría exponerse de modo rudimentario y esquemático así: Renacimiento (1400-1500), Manierismo (1500-1600), Barroco (1600-1700), Rococó (1700-1800), Neoclásico (1800-1825), Romanticismo (1825-1850) y Eclecticismo Historicista (1850-1900).

La sombra *romántica*, pues, se extiende entre 1500 y 1900. No es sólo la *moneda* que se nos quita, sino sobre todo, la *manera* que se nos impone, aquello que el dedo teatral del Poder inmovilista señala para entretenernos haciéndonos soñar que el mundo cambia y mejora. Cuando el dedo señala, el idiota mira el dedo —dicen en Oriente— pero algunos pensamos en Occidente que más idiota aún es aquel que mira a donde el dedo —mediático y espectacular— del enemigo señala².

Para explicar la homotecia antedicha, me detendré en las monedas y cuentas de los dos primeros períodos, sin dejar de lado los disfraces, maneras y cuentos que —fantasiosa y agradablemente— los encubren. Nuestro laboratorio es el mejor deseable: la arquitectura, *siempre* dependiente del Poder, por su intrínseco y económico débito con el materialismo capitalista.

A lo largo del siglo xv, la joven, ilustrada y revolucionaria burguesía no tiene el poder político aunque sí una buena parte del poder económico, como ya se demostraba con la financiación de la campaña de Indias desde España. En Italia, el entusiasmo por las libertades republicanas se arma con la ideología de la Razón convertida en mito vendible, sembrándose así la semilla de los males posteriores atribuibles al racionalismo procustero, mecánico, dogmático y abstracto, tan cargado de irracionalidad como de metafísica escolástica y reaccionaria.

La restauración del clasicismo arquitectónico antiguo, tratado con el nuevo instrumento perspéctico, viene a satisfacer las laicas ape-

tencias de una «razón humana» unida a la razón natural de la que racionalmente dice haberse apropiado. Artesanía técnica y protociencia confluyen y coinciden en una disciplina que —a causa de la firma áulica, empieza a perder el su antiguo y sano anonimato que garantiza la sabiduría— la arquitectura como la *primera y nueva* ciencia. La arquitectura viene a ser recuperada —sólo en apariencia— como la inteligencia o sabiduría universal y omnímoda citada en *Proverbios*—8. Esta bíblica y verdadera sabiduría —presente en el gótico semi anónimo o despersonalizado— en nada se distingue del *Alma Universal* de Giordano Bruno, cuya máxima arquitectónica cita Abel Martín con relación a la autoconciencia integral del universo entero perceptible en cada uno de sus puntos: *Anima tota in toto et qualibet totius parte*³.

118

Fue precisamente la arquitectura, con su capacidad de coordinación dimensional, con su sistemática modular, con su geometría aplicada al espacio y al tiempo —y por más que lastrada por el reciente personalismo de autoría— la que, a mi modo de ver, pone las bases del nuevo pensamiento científico. Para ilusión de renacimiento, la nueva y antigótica racionalidad espacial del *Sentido* en la forma arquitectónica se hace aparentemente unitaria con la racionalidad *Lógica* y mecánica de la estructura esquelética. Pero la *Verdad*, es que Brunelleschi inventa (revela o descubre), en Sta. María de Fiore, un clasicismo, que —como el del Panteón (más de mil años anterior)— escondía la menos clásica de las estructuras. Los arcos alaveados de directriz esférica que constituyen la armadura del Panteón,

fueron habilmente ocultados por casetones epidérmicos acordes con el clásico Partenón que luego fingiría la entrada principal. En Florencia, de ese modo, aquella armadura fue sustituida por otra de arcos góticos —con menor empuje horizontal— a su vez encubierta por la más neutral de las plementerías. Hay una gran falsificación en el origen, pero al menos la imagen urbana publicitaria había sido conseguida por aquellos modernos y audaces burgueses traficantes de la seda.

El código normativo, reticular, racional y canónico se haría cargo, a partir de entonces, del espacio natural así civilizado y racionalizado. Naturaleza, cultura, historia, sociedad y razón serían acrisoladas en un solo orden armónico de la máxima coherencia entre ética (bien), ática (verdad) y estética (belleza). La síntesis artificial y cósmica se hacía posible en la ciudad gracias a la arquitectura, y al dinero de una burguesía emergente que ya había pactado con la «nobleza» descendente la manera —manierista— de repartirse el botín.

La utopía de las ciudades ideales quedaría para los tiempos de paro profesional, descrédito o crisis económica. Mientras tanto y entonces, parecía posible la realidad del Hombre Libre (burgués), en una ciudad libre (liberal), moderna, republicana y real. Un lenguaje en sentido estricto, un sistema de *elementos* de catálogo o diccionario, sometidos a forma por una *estructura* gramatical y sintáctica constructiva, daría lugar a una tipología o *sistema* universal en que el significado aislado de los elementos desaparecería ante el empuje convencional del nuevo método racional. La permanencia de la estructura —como en la

naturaleza— venía a ser garantía de la riqueza, diversidad y variedad de las formas, por aquella estructura generadas y derivadas. La universalidad cosmopolita del espacio, gracias a la métrica y la geométrica de la arquitectura, se materializaría en una espacialidad científica de un universo hasta entonces mitológico. Así, en plena ilusión racionalista e intelectual o abstracta, los problemas de la forma urbana no serán militares ni económicos sino exclusivamente arquitectónicos, es decir, mecánicos, espaciales y ópticos. La gran superstición urbanística había sido puesta en marcha. El urbanismo a la siciliana, esto es, al servicio de la propiedad privada —o estatal, lo mismo da— ya no nos abandonaría hasta nuestros días.

Alberti, teórico del gran montaje y con la ingenuidad del momento, asegurará que cada ciudad será una gran casa ideal y que cada casa será una ciudad ideal. Pero un matrimonio —celebrado por los sacerdotes del Poder— entre el nuevo lenguaje intelectual y el clasicismo, engendraría una síntesis demasiado dialéctica y paradójica como para ser cierta y autoéptica. Los arquitectos al menos, y a pesar de su ciego idealismo, sabían los trucos que se escondían detrás de los platónicos placentinos.

En cualquier caso, ya hemos llegado al final del siglo xv y el entusiasmo no ha decaído. Por el contrario, el pueblo de Florencia arrebatada a americanos y franceses la primogenitura de la república burguesa (una república popular hubiera sido impensable) y nombra presidente al revolucionario y visionario dominico Savonarola. Una «hoguera ardien-

te» encendida por el oportuno pacto entre el papado y la aristocracia, en los finales del siglo terminará no solamente con Savonarola y la República sino en la destrucción de toda aquella esperanza ilustrada e idealista del mejor humanismo político, social, filosófico o arquitectónico que había sido puesto en juego durante los últimos cien años. El final de toda esperanza panhumana ilustrada por la racionalidad llegaría de la mano de Carlos V con el *Sacco* de Roma en 1527. Para que tal operación no quedase incompleta, a partir de entonces el racionalismo, —aplicado ya sin mayores pudores a consolidar e incrementar la inveterada costumbre de la apropiación privada y minoritaria de los productos colectivos o del trabajo social— no dejaría de crecer hasta estos mismos tan informáticos como tecnológicos momentos.

119

La permanente derrota de la arquitectura omnimoda

Así llegamos al año 1500. El Renacimiento italiano —que en el resto de Europa no empezaría jamás— visto desde nuestro abismado otero, ha concluido pero no así sus modales preferidos. La ideología dominante en Europa —que como sabemos no es otra que la ideología de la clase dominante o aquella que necesita el Poder para perpetuarse en el poder— propone, dispone, impone y pone en marcha un neoclasicismo monárquico, un hiperclasicismo imperial dentro del clasicismo, una seguridad que termine no sólo con la aventura goticista, bárbara o popular, sino que sea también capaz de barrer hasta las últimas cenizas republicanas. Se trataba de un

manierismo similar al de aquella seguridad protobarroca que le debió de ser ofrecida a Augusto para construir su imperio con los pecios republicanos. Algo similar o parecido a aquella seguridad económica que —en el siglo XX— aportaría Le Corbusier al modernismo financiero de los menos augustos constructores de suburbios, viene en el siglo XVI de la mano de Bramante para legitimar una injusticia social anticristiana e intolerable.

Utilizando maquetas de gran tamaño, Bramante resuelve el problema que más tarde explotaría Vignola, haciendo explotar —*deconstruir* diríamos hoy con la jerga de la pseudo filosofía francesa al uso— la sintaxis que luego se recompondría en el pastiche prebarroco. La misma sintaxis que Palladio explotaría después con aquel su antiutópico experimentalismo práctico y burgués cuya disciplina autónoma y realista abriría las puertas a las nuevas tipologías demandadas por la clase despiadada que le pagaba y mantenía.

El generalizado y obsequioso ofrecimiento, el «problema resuelto» y listo para ser vendido podría expresarse así: sin perder las raíces históricas del lenguaje clásico y su combinatoria de Órdenes —ya civilizada por la burguesía civil y religiosa— encuéntrense los resortes de *escala tipológica* que permitan cubrir sin perder las formas, las más pequeñas y las mayores estructuras mecánicas. Sería Galileo, cien años más tarde, quien demostraría la imposibilidad de aunar sobre la Tierra, el mantenimiento de la forma y el aumento sustancial de los tamaños. Pero de momento, y aunque sólo en apariencia, lo que sirvió para S. Pietro in Montorio, serviría para S. Pietro

in Vaticano: la centralidad única e ideal del cosmos y el idealismo más despiadadamente materialista, vinieron a fortalecer la tambaleante imagen del papado. En palabras de Tafuri, el apuntalamiento se realizó *por medio de una perfecta unidad entre dogma, naturaleza e historia*.

El egoísmo individualista, propio de la burguesía utilitarista, se va imponiendo sobre las masas; con todo ello el descrédito respecto a los valores humanos no hace más que crecer. El sueño humanístico encabezado por los intelectuales orgánicos de la nueva clase empieza a disolverse en efectismos emocionales, en impresionismos cuyos objetos pierden su entidad arrebatados por la luz que los enajena; la teatralidad sustituye a la imposible y dolorosa realidad enajenada o disfrazada con decoraciones que simulan cierta provisionalidad. Cuando muere el entusiasmo por la posible realidad racional —falacia que siglos más tarde sería recuperada, con el mismo reaccionario fin, por el idealismo alemán— solamente queda el recurso ilusionista, revisionista y cínico de la esperanza engañosa. La abstracción decorada, la fantasía efectista, la ficción victoriosa, la evasión apolítica y el humanismo como quimera, modelarán el tinglado genérico que florece a partir de 1500.

Cuando por fin, tras siglos de larvada lucha social, se ha conseguido sustituir en el centro del mundo —y del parteluz gótico— a los dioses de piedra por el tercer arco abierto al paso del Hombre; precisamente cuando aparece la luz tras el tunel, se descubre y demuestra que el hombre, lejos de ser el centro del universo, es un habitante oscuro de un oscuro planeta

perdido en la inmensa oscuridad del universo. Pico y Ficino, representantes del mejor laicismo del anterior siglo xv, habían instalado al hombre en el centro del cosmos para recuperar su dignidad ante la dictadura –que no *autoridad*– del dinero y las armas. Así pues, el universalismo, que hacía sólo 100 años pareciera tan profundamente panhumano, deviene en bandera de antihumanidad financiera internacional con el pacto económico de hierro entre la burguesía, la «nobleza» y el papado. *Lo Internacional*, (¡ya desde entonces!) fue arrebatado a las clases trabajadoras para ser convertido en el gran instrumento financiero trasnacional, liberal y global.

El ya imposible modelo de universo único, girando alrededor de un centro único –medieval e inhumano– situado en el geocéntrico y teocéntrico planeta Tierra, estaba siendo borrado y barrido por un nuevo modelo más científico inducido desde la *pluralidad de los mundos* proclamada por el dominico Giordano Bruno por entonces aún no encadenado en el castillo de Santangelo. El nuevo mundo *soñado* por el humanismo renacentista, el espacio libre donde la persona humana burguesa y civil ocuparía el lugar central ocupado hasta entonces por el poder militar de los tiranos y de la Iglesia, no encontraba su correlato en la ciencia del cosmos. El modelo heliocéntrico de Copérnico y Galileo, quitaba del medio a Dios, pero también al Hombre recién llegado al lugar central. La contradicción golpeaba con el aldabón de la imprenta y entraba. Cuando ya parecía que por fin el centro del mundo

podría ser la persona humana y que el laicismo humanista sustituiría al poder de la superstición –la institución y la seudo religión católica o luterana– es precisamente la ciencia laica quien demuestra el simplismo de la centralidad. Los arquitectos manieristas de manera similar a los perros locos de Pavlov –confundidos por la doble ambigüedad entre catolicismo y protestantismo, por un lado, y entre una teología o ideología agónica y una teoría o geometría cosmogónica, por otro– deciden un exasperado y desesperado policentrismo, un espacio manierista, fragmentado y escéptico⁴.

Miguel Ángel –tras el *Sacco* de Roma– es el mejor ejemplo del perro loco, lúcido, titánico y desesperado que somatiza toda la crisis exterior y el naufragio del humanismo y los traduce en los manifiestos monstruosos de la Porta al Prato o la Porta Pia. Allí Miguel Ángel representa al suicida estético por antonomasia. Por una siempre necesaria paradoja, de la dialéctica y de la negación y sólo de ellas brota el conocimiento superior. De la *doxa* o locura aberrante de la Porta Pia no brotarían hasta el día de hoy, más que otras locuras⁵.

Por paradoja también, el criticismo manierista, acosado por la crisis en el concepto de espacio, inventa dentro de sus miserias modernistas –es decir, seudo o anti modernas– un nuevo racionalismo espacial que será recuperado cuatrocientos años más tarde por la parte más romántica del Movimiento Moderno. La paradoja histórica se hace verdad una vez más, cuando vemos que fue precisamente entonces, como lo es ahora,

cuando la arquitectura –que desde fuera había tirado de la cabeza de la protociencia en la mayéutica del siglo xv– fue, una vez más, convertida en instrumento ancillar y decorativo del oscurantismo formal. Aun así, el espacio flexible y policéntrico dilatado y contraíble, y en los mejores casos antinaturalista y teatral, constituye la escasa mena extraíble de aquel siglo de gangas arquitectónicas.

Con las excepciones de todas conocidas, una pléthora de «inventores irónicos» –Genga, Romano, Alessi, Tibaldi, Ammannati, Ligorio– hacen de la arquitectura al gusto del Poder local, una celebración amanerada y cínica, menos herética que sensualista, menos licenciosa que vulgar, menos surrealista que extravagante, menos hermética que ambigua, menos irreal que fantasiosa, menos irónica que zafia, menos neurótica que irracional, menos alegre que salaz, menos contaminada que infecta, menos libertaria que liberal, menos sensual que sentimental, menos fruto de variaciones que de variedades, menos revolucionaria que rebelde, menos crítica que bufonesca⁶.

El arquitecto incapaz de obtener la única belleza posible por medio de la verdad y la razón puede, a través de la seducción facilista y vulgar del espectáculo y la decoración edulcorada, convencer a los desprevenidos. El que no puede crecer, si quiere subir, ha de trepar. Decorativismo efectista e irracionalidad –bien luteranos, bien calvinistas– completaron aquella descomposición posmoderna de la arquitectura católica. Porque la ínfima calidad coincide con aquella que unifica en un solo objeto lo falso y lo pretencioso.

El cosmopolitismo social del cuatrocientos dio paso a un individualismo gregario, nacionalista, burgués, protestante y provinciano que extendió la degradación edilicia por toda Europa. El simbolismo numérico de pitagóricos y neoplatónicos que dio lugar a la forma poética, musical y abierta de la antigua sabiduría, engendró un pedestal antropomorfismo naturalista, animista y mágico, pero pleno de las alegorías vulgares propias de una aristocracia aburguesada, plebeya, oscurantista y anticientífica. Los anhelos populares y sociales de justicia y libertad fueron disueltos en la abstracción escenográfica y en una retórica sensualista, naturalista e informal, aparentemente anticlásica, aunque simplemente protorromántica, y lastrada por ello de necia arbitrariedad al «gusto personal»

Nada tan ridículo como el intento de imitar a la naturaleza, no en sus métodos biónicos, sino en sus objetos y productos. Un germen del naturalismo manierista ya había sido sembrado en el siglo xv con el almohadillado rústico y *kitsch* del trabajo falsario con la piedra. A pesar de todo, el crecimiento del predominio ideológico laico de aquella primitiva burguesía ilustrada y racionalista para la que trabajó Brunelleschi, aunque relentizado, no se detiene. La Iglesia y la Reforma –entregadas a pactos con los poderes financieros– mantienen el predominio ideológico, ahora más que nunca, irracional, plebeyo y antisocial del que la arquitectura, nunca inocente, se convierte en instrumento imprescindible y sustancial.

Dentro de semejante crisis de origen económico, son los arquitectos menos dotados, los más prácticos y menos combativos los que

procuran, al menos, obtener grandes encargos. Son los tecnócratas oportunistas del momento que renuncian a su papel intelectual y crítico...Sangallo, Vignola, Fontana. Todos ellos se limitarán a dar cobertura formal verosímil, y con frecuencia acertada, a un programa y tipología fijados de antemano por los clientes áulicos. Otros de entre ellos, dentro y fuera de Roma, se dedicarán a trabajar sobre los planos de la «ciudad ideal», pero esta vez no desde la utopía humanística sino desde su contradicción: la realidad militar y fortificada para la defensa de los intereses dominantes frente a la nueva artillería armada por el competidor en los negocios.

«El ocaso definitivo de las ideologías superestructurales del Humanismo queda así sancionado» dice Tafuri y continúa: «En los siglos sucesivos la arquitectura no tendrá más remedio que aceptar su papel de retaguardia en las transformaciones urbanas o cubrirlo con el frondoso pero patético florecer de una evasiva y retórica celebración de imágenes».

A pesar de lo dicho, la forma *Panteón sobre Partenón*, que a su modo intentaron Bramante o Palladio vendrá a extenderse de tal modo y con tal éxito que cubrirá –para mayor humillación– la arquitectura áulica de los siguientes cuatrocientos años en todo el mundo occidental. Hoy mismo basta pasear por Beverly para poder disfrutar de esa arquitectura basura que tanto nos gusta.

De hoguera en hoguera

Del libro *Las Semanas del Jardín*: «*El espíritu apologetico se reconoce también en el viraje*

de la arquitectura, especialmente a partir de Buonarroti, en la organización fallera ultrateatral de las fachadas del barroco, fachadas oratorias, suasorias, vociferantes, gesticulantes, increpantes [...] el templo ya no está seguro del tesoro que guarda [...] y sale a la puerta de la calle a pregonar su mercancía. Son ademanes enfáticos, dramáticos, prepotentes de orador sagrado, que señalan la pérdida de la fe y su encanallamiento en propaganda: los cuernos del frontón partido son los brazos de un predicador que grita “Pasen y pasen, señores, a la gran barraca, al baratillo de la redención”; lo que, por lo demás, tampoco excluye, ni muchísimo menos, la amenaza.» (Rafael Sánchez Ferlosio).

La ciencia moderna, proclama el aséptico Kirchoff, no explica ni debe explicar sino que describe o debe describir la realidad. Hasta ese punto tan estrictamente disciplinar, la ciencia debe abstenerse de explicar, opinar y sobre todo transformar inoportunamente la realidad. Afortunada y paradójicamente, la arquitectura cuanto más auténtica, tanto más se aleja de esas ciencias abstractas y descomprometidas a la vez que tanto más abandona el campo de las obnubiladoras, manipulables, deslumbrantes y, en términos generales, superfluas artes plásticas. Aun así, el más valioso compromiso de la arquitectura –como la tecnología en el mejor objeto, como la mejor música de cine, o el mejor árbitro de fútbol– a primera vista se *muestra imperceptible*. Bien a su pesar, la mejor arquitectura –aunque con mucha menor pregonancia que la peor– también describe, representa e incluso prescribe.

Giordano Bruno (1548-1600), aunque no por ello menos científico, se comprometió con la realidad mundana y, como un nuevo Prometeo, arrancó de los dioses un poco de nueva luz construida con el viejo fuego seco de la moderna racionalidad, para entregarla a los hombres. Huyendo del brillo –deslumbrante, cegador, húmedo, fácil, efectista y asimilable por el Poder– propio del *modernismo racionalista* pone en juego su vida y la pierde en aras de una iluminadora, reveladora y seca *modernidad racional*. Otro fuego –esta vez fuego oscurantista– y no los buitres darán cuenta de Prometeo.

124

Podríamos decir que es 1600 –dos años después de la muerte del escurialense Felipe II– con las llamas envolviendo el cuerpo de Giordano Bruno, y con el triunfo relativo de la Contrarreforma– cuando el siglo XVI se purifica de su *folie* manierista. Solamente en algunos escasos momentos de Miguel Ángel, Sansovino, Palladio y Herrera, la arquitectura de aquel siglo podría haber sido calificada de admirable. A partir de la fatídica fecha, el musculoso, gesticulante y visceral barroco viene a perpetuar –con su gran espectáculo fallero, religioso o ideológico– la misma infamia social, política, religiosa y arquitectónica, pero ya cristalizada en un fuerte Estado neoteocrático, esto es, *modernista* –o reaccionario– incapaz de compartir el poder político con la *modernidad*, a la sazón, representada por la burguesía. Del aplastado estamento popular más vale no hablar porque, no ya sólo el poder, sino hasta muchas de las más elementales libertades le habían sido hurtadas ya entonces como en nuestros días.

La superstición bufonesca (manierista y rococó) que dio hoguera al robótico y estricto Savonarola fue replicada un siglo más tarde desde otra superstición complementaria, y simétrica de su opuesta anterior. Por medio de la siempre renovada irracionalidad del racionalismo, con el asesinato de Bruno, Savonarola había sido vengado. El nuevo orden barroco había enseñado que su gótico rostro de horror no era sino el reverso del iluso renacentismo, aquel que pensaba *poder cambiarlo todo* sin tocar la médula protocapitalista (propiedad y herencia de los medios de producción) del mismo sistema de siempre ⁷.

En el Campo de Fiori, en el lugar mismo de la combustión de Giordano y al parecer, en la única plaza laica de la Roma Eterna, un impactante, ausente y sombrío monumento –con la erecta aunque cabizbaja figura en bronce de Bruno– preside el extraordinario recinto. Con esa escultura, la ya inane y bienpensante burguesía masónica –para entonces ya omnipotente– en uno de sus últimos gestos ilustrados o semirrevolucionarios, recuerda en 1889 a uno de sus filósofos-arquitectos. Bajo el bronce, inscrito sobre el pedestal, el hito se hace algo más explícito: «A BRUNO IL SECOLO DA LUI DIVINATO QUI OVE IL ROGO ARSE». Acompañando al texto y repartidos en las cuatro caras laterales del prisma, un recuerdo memorable se extiende amedallado para otros ocho perdedores, tan neoplatónicos como antiescolásticos o antiaristotélicos⁸.

Wicliff (1320-1384) reformador que combatió las supersticiones del culto a las reliquias e imágenes.

Huss (1369-1415), discípulo del anterior, niega la autoridad papal y denuncia los vicios de la clerecía. Fue quemado vivo en Costanza unos años antes de que el dominico Savonarola pisara la hoguera.

Servet (1511-1553). Nos obliga a recordar cierta estética del calvinista y suizo Le Corbusier. Dentro de un panteísmo antecesor del de Bruno, Servet postula certero que la luz es el origen de la Creación. A causa de otra rara, clara y luminosa idea descubre, aunque demasiado tarde, que el enemigo principal se suele ocultar bajo formas aparentemente amigables. Fue quemado vivo por el reformador y predestinista suizo Calvino⁹.

Ramus (La Ramée)(1515-1572). La aristocracia francesa, halagada y justificada por la ultraliberal doctrina de Calvino según la cual los privilegiados de este mundo serán los únicos privilegiados en el otro, se enfrenta a la plebe socializante y papista. La Ramée, precursor de Descartes y de la filosofía moderna, luchó por imponer la primacía de la razón sobre el primado de la autoridad. A pesar de ello se hace hugonote o seguidor de Calvino en el sitio equivocado. Fue asesinado en París –con otros hugonotes– en la Noche de S. Bartolomé.

Campanella (1568-1639). Propone un Estado utópico en tiempos de crisis del Estado. Al igual que Bruno y Savonarola vistió los hábitos blancos de los dominicos. Propuso una ciudad ideal comunista para acabar así con la codiciosa propiedad, origen de todos los males de la humanidad. Allí la comunidad de bienes debía hacerse extensiva

a las mujeres. Salvado milagrosamente de la hoguera, permaneció encarcelado los últimos treinta años de su vida.

Sarpi (1552-1623). Redactó una Historia crítica del Concilio de Trento y fue el gran maestro que Galileo reconocía como propio.

Vanini (1585-1619). Neoplatónico y panteísta como sus compañeros de efigie, fue quemado vivo.

Paleario (1743-1805). Escolástico, aunque seguidor de Locke y Hume. Encarnó, a su modo, a un nuevo filántropo defensor de los derechos de los negros.

El reprimido reprime, el antes apaleado hoy apalea. La burguesía, antaño y secularmente humillada, en esa fecha humilla al mundo. La inseguridad farisaica del burgués que se escandaliza se convierte en un peligro para los demás, en el momento en que se le permite tomar el poder. Para entonces, lavará su conciencia con monumentos.

La extraña colección o selección de benéficos héroes y mártires de la razón, merece ser investigada a través de alguna estructura común a la serie que sospecho pueda ser el noble panteísmo neoplatónico proveniente del «Todo en todo» de aquel magistral Nicolás de Cusa, que facilitó a la arquitectura su esencia geométrica depurada: «Pensar es medir»... *Mens es mensura*, y su esencia conceptual: «Cada parte es una condensación cósmica del todo». De modo más concreto Leonardo entendía que las cosas no terminan donde acaba su volumen, si no más allá. A su modo anticipaba –y generosamente generali-

zaba— el aura que Benjamín y Wittgenstein reservaban a las obras de arte *únicas*¹⁰.

Las cuentas: contraveneno de ciertos ponzoñosos cuentos

El siempre renovado intento de recuperar para cada persona esa *dignidad de los seres humanos por encima de TODO*, por cuya defensa sufrieron nuestros nueve héroes de la teología, sigue siendo el primer objetivo de la arquitectura y de cualquier otra actividad que se reclame noble y digna. En un mundo no tanto sometido a la dictadura de la técnica como a la dictadura del capital y de la mercadotecnia—dentro de la cual la convivencia intersubjetiva se hace imposible a causa de la codicia—un nuevo renacimiento, a partir del año 2000 puede ser posible. De modo parecido a como Alejo Carpentier descalifica a la Masonería de finales del siglo XVIII, hoy sabemos que —a partir de distintas fechas del siglo XIX— el benéfico liberalismo que animó a nuestros nueve héroes, dejó de ser revolucionario para aliarse con la dictadura del capital. La razón de Bruno —y Spinoza, y tantas otras víctimas del oscurantismo— contra las fuerzas de la esclavitud, vuelve a ser más necesaria que nunca. Hablamos, quizá, de aquella razón panteísta que creía en la inmanencia de lo infinito en lo finito («Todo en todo») y en la trascendencia de lo finito en lo infinito.

Semejante síntesis, pienso que solamente será posible, si la dignidad panhumana —para toda la humanidad sin exclusiones— gana su eterna batalla que hoy se libra contra los desalmados intereses económicos de un grupo no mayor

de medio millar de Consejos de Administración con sus correspondientes mafias financieras multinacionales que asolan, de modo criminal, la economía del mundo. Bien es cierto que nada de eso será posible sin el desenmascaramiento previo de los ilustres lacayos institucionales: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y los diferentes gobiernos cómplices repartidos por el mundo.

El reciente informe sobre Desarrollo Humano del Plan de Naciones Unidas (O.N.U.) para el Desarrollo (P.N.U.D) nos señala que las aberrantes desigualdades de riqueza entre los habitantes del Planeta ya no pueden justificarse «a la malthusiana» como el resultado de ninguna fatalidad natural. Que no debe, sin cinismo, hablarse de solidaridades o de caridades que rediman sino que hay que exigir claramente y en todos los foros que cambien las siniestras reglas del juego económico internacional con el fin de configurar una transformación estructural, un nuevo modelo histórico. No sin cierto humor o sarcasmo ante nuestra lenidad frente al sufrimiento innecesario en el mundo, y ante nuestra carencia de una mínima decencia, el informe nos facilita algunas cifras a modo de ejemplo comparativo.

Presupuesto anual en millones de dólares para cubrir en todo el mundo las necesidades básicas:

De salud.....	5.000
De enseñanza.....	6.000
De agua y saneamiento.....	9.000
De nutrición.....	10.000

Algunos gastos anuales en millones de dólares:

Cosméticos en EE.UU.	8.000
Helados en Europa	11.000
Comida de animales domésticos	
EE.UU. + U.E	17.000
Cigarrillos en Europa	50.000
Juguetes informáticos	
en Japón.....	60.000
Bebidas alcohólicas	
en Europa	105.000
Drogas estupefacientes	
en el mundo.....	400.000
Gasto militar en el mundo.....	780.000

La repugnante falacia malthusiana ya no puede ser esgrimida por nadie como coartada para nuestra indecencia. Ya no valen las disculpas darwinianas, ni las disculpas de futuro, ni las de ninguna otra calaña, para el horror establecido en más de medio mundo por la miserable cuadrilla financiera; llámese a ésta: G-7 (países industrializados), F.M.I (fondo monetario internacional), O.M.C. (organización mundial del comercio), o Banco Mundial. Nada de relativismos. Einstein representa la *relatividad* tanto como Hiroshima el *relativismo*; y ambos son contradictorios e incompatibles tanto para la ética como para la estética y la razón, si es que las tres no constituyeran un mismo ser.

La prepotencia de las grandes palabras es profundamente inhumana porque con ella se alimentan las fábricas armamento, a su vez productoras de las grandes hambrunas en el mundo. Nada sobre la Tierra: ni el Socialismo, ni el Progreso, ni la Nación, ni el Arte, ni la Religión, ni el Estado, ni la Sociedad

Civil, ni el Derecho, ni la Ciencia, ni la Arquitectura, ni el Pensamiento.... pero mucho menos la Economía –y menos aún la Economía de los quinientos particulares que poseen el control de los medios de producción de medio mundo– puede anteponerse o superponerse a una dignidad panhumana de mínimas necesidades cubiertas, exigibles para todas y cada una de las personas que habitan el Planeta. El mejor, escaso y raro individualismo no gregario, el que obtiene el máximo respeto hacia la dignidad de cada persona, no tiene nada de insolidario –como se piensa en EE.UU.– por el contrario implica en su médula un colectivismo cuya razón individualista es precisamente la progresiva redistribución racional de la riqueza total o común. Si la Moral y el Derecho no sirven, nos queda, para empezar, una Ética popular que sea hegemónica en los crecientes colectivos ilustrados. *Nada por encima de una racional dignidad panhumana; todo a su servicio.* Este parece ser el gran legado de nuestros mejores mayores a los que aquí recordamos. Esa parece ser la exigencia de lucha por la liberación y la justicia reclamada a los que aún vivimos, para que nos alistemos contra un sistema pérfido que –ya no cabe duda a tenor de la insignificante cantidad de dinero necesaria para evitar tanto sufrimiento humano– *necesita* insaciable, para perpetuarse alimentarse del miedo, la ignorancia, el dolor, y la muerte a escala universal.

Como consecuencia del pensamiento múltiple y antiguo que aquí he intentado glosar podemos inferir que todos los seres humanos

que habitan el planeta –al modo de ciertos bosques– constituyen para la biogenética una sola persona. Una sola estructura desplegada en las más numerosas formas fraternas. Tal vez plantas y animales no escapen a semejante unidad. Se conocen hayedos y líquenes de kilómetros de extensión que constituyen una sola planta. El otro no es mi prójimo ni mi hermano. El otro soy (es) yo mismo hecho pueblo. Y cuanto más odioso o despreciable me resulte (véase la *Sombra* de Jung) más intensamente coincide conmigo. Por eso recordemos a Tola Motola cuando se preguntaba «¿Quién soy yo para matar una simple hormiga?»¹¹.

Si la desgracia se abate sobre la mayoría de la población mundial no es porque ésta sea excesiva, ni porque los bienes escaseen. Dejo el descubrimiento de la causa en manos del ávido lector. Mientras tanto, en los países inferiores de todo el mundo, esto es, en aquellos –más de la mitad– en los que aún perdura la pena de muerte (incluso para chicos negros menores de edad, como EE.UU.) , el malthusianismo se aplica con otros métodos.

En similar sentido al del P.N.U.D., cualquier escolar usando un lápiz sobre el reverso de una entrada para el cine, puede rebatir la delincuente falacia malthusiana. Con un cálculo exiguo podrá comprobar que si *todos* los habitantes del planeta –usando del derecho de manifestación, con lo que las madres o padres habrían de llevar a sus niños en brazos– contando con que cada manifestante ocupase un metro cuadrado, no necesitarían, para tan bella demostración, más que una parte minúscula de la superficie terráquea.

Bastaría para tan feliz acontecimiento con disponer de una de las provincias pequeñas –Madrid– de un pequeño país, España. Si al terminar la manifestación *todos* los seres humanos se desperdigaran de modo uniformemente homogéneo por ese pequeño país, cada persona podría disponer de 100 metros cuadrados... Se insta al citado escolar para que descanse, tras sus cálculos, poniendo sus ojos sobre un *mapamundi*.

La Ilustración jacobina (reunida en el convento dominico de París) se mantuvo firme ante la guillotina. Bruno se mantuvo firme ante la hoguera. Unamuno lo hizo ante la barbarie fascista en Salamanca. Hoy no se nos pide tanto. Siempre nos quedará Salamanca. El poeta Mandelstam desde el exilio impuesto por Stalin escribe: «Quede siempre una Salamanca frondosa como refugio de los pájaros sabios y desobedientes»¹².

El compatriota de Bruno, el arquitecto Pagano, fue asesinado hace poco más de medio siglo en el *lager* nazi de Mauthausen. Había luchado en la resistencia partisana frente al fascismo. Aun hoy, (desde Austria otra vez) el Maniquí de Carintia vuelve a recordarnos que no se puede bajar la guardia, que como escribiera Brecht, la *Bestia apocalíptica esta siempre preñada*. Por ello valga la oportunidad para volver a recordar que el *Mal* o Dictadura Financiera –en cualquiera de sus dos formas: la autoritaria o fascista, y la liberal o consumista– *consiste en la generalizada prohibición del pensamiento*. De ahí que cualquier orden nacido de ellas sea el desorden de la violencia del fuego destructor y de la muerte¹³.

NOTAS

¹ Si no fuese lo que tiene de mezquino nacionalismo y de siniestra acepción de personas (esto es: hacer distinciones de categorías esenciales entre los seres humanos) podría decirse que, al menos, España no quemó a los más altos representantes de la inteligencia como Juana de Arco, Savonarola, Servet, Bruno...

² El *idiotees* clásico, que constituye hoy –por suma aritmética y estadística– las amplias mayorías masificadas y domesticadas, viene a ser el esnob «independiente» que separándose de la sabiduría, arquitectura o razón común a la humanidad, adopta el *sentido común vulgar*, a veces local, prescrito por el estatus bajo sutiles formas de consumo personalizado. Esta adopción presenta en el *idiotees* la ingenua particularidad de que tal individualismo –gregario pero inconsciente– se ufana de «personal» porque fantasea con que tal inyección de creencias desde arriba instaladas, son ideas propias, ideas originales, «creaciones» autogeneradas. Pobre idiota. Cuanto más se aleja del pueblo, en más burgués –o sea, en más plebeyo– se convierte.

³ Dios es el Verbo en el Evangelio, el Lenguaje, en nada distinto a la razón universal y común identificada con Dios (Logos) también por Heráclito, y con el cuerpo místico panhumano por san Pablo. *El gran ojo que todo lo ve al verse a sí mismo* (del Abel Martín machadiano), es el universo (Dios) como actividad consciente, creador de la nada, creador del *Gran Cero ese milagro del ser integrado por todas las negaciones de cuanto es*. Todo este discurso geométrico, amoroso y arquitectónico del mejor panteísmo –Bruno, Espinoza, Machado– es insoportable para el estatus integrista y clasicista del Poder. *No es posible* –dice Martín– *un pensamiento heraclítico dentro de una lógica eleática*.

⁴ Demócrito rompe con las supersticiones teleológicas o de explicación causal: *La causa se encuentra en las cosas mismas. No hay destino*.

⁵ La opinión pública manipulada (*doxa*) es la contrafigura excluyente de la inteligencia (*episteme* o *paradoxa*) Heráclito separa la Razón de aquello que vemos con nuestros ojos.

⁶ Las *Variaciones Goldberg* de Bach, me parecen, además de un prodigio musical el mayor y mejor monumento al trabajo humano jamás construido.

⁷ Un extremo de racionalismo puro puede verse en la afición hitleriana por aniquilar cualquier vida enfermiza y no «rentable» para la sociedad.

⁸ La epigrafía podría glosarse así: «El siglo –o el mundo anticipado o profetizado– por Bruno le ofrece este memorial en el mismo lugar en que el propio Bruno fue entregado al fuego ardiente».

Un personaje histórico que ahora –con gran pesar– no recuerdo tuvo 1) la inteligencia y 2) el valor físico (el uno sin el otro valen de muy poco) de espetarle en la cara a Calvino, que se estaba cohonestando con la excusa de que *luchaba por unas ideas*, la siguiente frase insuperable: «No has defendido unas ideas, has matado a un ser humano»

¹⁰ *Todo está lleno de dioses* (Thales de Mileto).

¹¹ *Los hombres luchan entre ellos a causa de su depravación, sin darse cuenta de que proceden de una sola y misma sangre, ni de que están sujetos a una sola y misma tutela.* (*De las leyes*. Marco Tulio Cicerón)

¹² El Mal, el odio a la verdad, o sea, el capitalismo –con sus dos caras de odio: la nazifascista y la ultraliberal, es anticipado por Empédocles de Agrigento: *El amor une, el odio separa*.

¹³ En el fascismo esta prohibido decir lo que se piensa, en el liberalismo está prohibido pensar lo que se dice. Tanto en uno como en otro somos obligados a callar, salvo en los casos en que somos obligados a hablar para delatar el paradero de nuestros mejores camaradas perseguidos. En ambos casos complementarios la arquitectura artística tiene importantes papeles ideológicos o cretinizadores: sustituir las peligrosas palabras de la verdad y la realidad por las imágenes manipulables de la virtualidad y de la «parquetemática»; confundir de las calidades, la mena con la ganga; mentir sobre el espíritu de geometría; incomunicarnos respecto a la colectividad, bien por imposición chulesca, bien por vigilancia de lo público, bien por distracción fantásica, espectacular o idiotizadora. Por todo ello, es propio del liberalismo la tolerancia, por ejemplo, frente a quienes encarnados en el Mal Puro de la mentira histórica, niegan la verdad, la *Nuda veritas*: el Holocausto nazi.